



PRIMA LAPIZ

SEMANARIO DE ARTES

ADMINISTRADOR

Arturo d'Alencon

DIRECTOR

Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO

Cristóbal Fernández

PRIMER REDACTOR

Marín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega

Correspondencia al Director: Casilla 2443

Oficina de Redacción: Morandé 432

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,

Casilla, 1684

AÑO I

SANTIAGO, 30 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 7

CONCURSOS LITERARIOS

En otra página damos cabida á una extensa información gráfica del último concurso organizado por el Consejo Superior de Bellas Artes, Letras y Música. Ha sido éste un acontecimiento intelectual al que no queremos ni debemos quitarle nada de su importancia. Todo lo que tienda á dar seriedad, á «profesionalizar» la labor literaria en nuestro país, forzosamente ha de ser bien mirado por nosotros, cansado como estamos de estrellarnos contra prejuicios imbéciles según los cuales escribir para el público es una entretención propia de ociosos y chiflados.

Pero por lo mismo que damos toda su importancia al auxilio que el Estado desea prestar á las letras nacionales por medio de estos certámenes, no queremos dejar pasar la oportunidad que se nos presenta de exponer nuestras ideas acerca de un asunto que de tan cerca nos toca.

Desde luego, nos parece indispensable que se deje establecido que un primer premio priva del derecho de optar en concursos posteriores: más claro, que los escritores agraciados con un primer premio no tienen derecho á presentar trabajos correspondientes al tema en que obtuvieron aquella re-

compensa. La justicia y oportunidad de esta disposición son evidentes y no necesitan demostración.

En cambio, como una compensación, ó como un corolario de la disposición anterior, podrían, con esos escritores «hors concours», integrarse los jurados respectivos. Nadie más fuerte é intimamente vinculado que ellos á los Concursos ni más interesados en su buena marcha. ¿Y qué mejores títulos de autoridad para juzgar que las que ellos aportarían?

Además, es preciso pensar en llevar un poco de juventud á los jurados. Salvo contadas excepciones, son jóvenes los que, presentándose á los certámenes, les dan vida y justifican su repetición periódica.

Y no es lógico, es hasta incongruente que esos jóvenes no reciban otra sanción que la del juicio de personas cuyos gustos están enormemente distanciados de los suyos. Es necesario que en el jurado de cada uno de los temas haya por lo menos un representante de esa juventud que trabaja y produce y que tiene derecho, en consecuencia, á que sus gustos y sus ideas sean tomadas en consideración.



DEL DIARIO DE UN APÓSTOL

Para el catolicismo oficial el Padre Jacinto Loyson fué un hereje; para los pensadores, en cambio, sus enseñanzas y sus doctrinas hablaban de un apóstol sabio y santo que, á haber nacido en la Edad Media, hubiera muerto en la hoguera después de exaltar un movimiento tan radical como los de Lutero, Calvino y Zwinglio. Sin embargo, en nuestro siglo, más descreído y más indiferente, la lucha ideológica del tranquilo predicador no pasó más allá de algunas polémicas y de cierto gesto de rebeldía que lapidó la excomunión papal. Desde ese instante se inicia el verdadero período fecundo en la labor del Padre Jacinto: viaja á través de Estados Unidos; se establece después en Francia donde protesta contra el Syllabus y las encíclicas de Pío IX; contrae luego matrimonio en Londres es elegido cura de Génova por los católicos liberales; da conferencias; publica libros como «La Sociedad civil, en sus relaciones con el cristianismo» y «Mi testamento, mi protesta»; cuenta con adherentes hasta en las últimas ciudades del globo; sus enseñanzas se propagan: varias agrupaciones de modernistas le erigen en maestro y, como digno coronamiento de una labor de ochenta y cuatro años, lega á la posteridad la lección de una vida pura, quemada en holocaustos de un sueño y numerosas obras que perpetuarán su nombre á través de los siglos.

En 1861 comenzó Loyson el Diario que había de escribir hasta el 29 de enero de 1912, once días antes de morir. A través de esas anotaciones breves y nerviosas, analicemos sus ideas y algunos puntos de su doctrina. En ellas vibra el hombre íntimo, el convencido que hasta en sus arranques apasionados es un racionalista implacable.

El 22 de mayo de 1908 anotaba: «Mis dos deseos mayores han sido ser un santo y un pensador.» Su sueño se cumplió, ciertamente, hasta más allá de sus expectativas. Si como pensador el Padre Jacinto nada tuvo de original en cambio, fuerza es considerarle, como un sociólogo con vistas á la generación filosófica, digno de contarse entre los más esclarecidos divulgadores del credo modernista, que tiende á armonizar el catolicismo con la ciencia y á que sea posible el advenimiento de una religión más humana y fuerte. Como la de Murri y la de Fogazzaro, en este sentido, su obra es interesante y duradera: muestra bien claro el punto culminante de la crisis actual en materia religiosa, las razones de la decadencia católica y el avance del libre pensamiento. Las notas de su *Novissima Verba*, escritas durante los seis últimos años de su vida, son la mejor síntesis doctrinaria de su credo y dejan transparente hasta el fondo la tranquilidad apacible de esa alma blanca en cuyo seno sólo se reflejaron el bien y el amor universales. ¿No acusaban acaso humildad suma y mística resignación aquellas sus palabras estampadas el 17 de junio de 1906?: «Toda mi obra habrá estado en la palabra viva, y en algunos actos de conciencia sobre todo en el desenvolvimiento de mi vida interior.» Porque este apóstol que tan hondamente sentía el amor universal confrontaba á menudo su reposo interior con las violentas tempestades de la civilización para comprender una vez más que ante todo es preciso conocerse, juzgarse, sentenciarse y hasta sufrir la pena de un silencio largo antes de arrojar á la vida las semillas de las verdades amargas. Así, solamente después de vivir la verdad en sí mismo, después de triturarla en los aledaños de su espíritu, se vació al interior de la propaganda activa y tesonera; entonces afirmó rotundamente su protesta contra la infalibilidad del papa, entonces hizo de su liberalismo cristiano una enseñanza; entonces abrió el seno de la religión al amor del hogar.

Loyson intentó retrotraer, como muchos de sus predecesores, el catolicismo actual hacia el cristianismo primitivo de los apóstoles, humilde é injenuo. El sentía no poder afiliarse á ninguna secta religiosa porque su independencia de pensador le arrojaba de todas. «Soy toda una Iglesia» escribía en diciembre de 1907 y, en febrero de 1912, ya con la melancolía de sus fuerzas postreras, exclamaba lleno de una santa unción apostólica: «Porque ella (la Iglesia) se ha vuelto loca, no le puedo obedecer; pero como ella es mi madre no ceso de amarla y de respetarla.» Su liberalismo le encaminó, desde los comienzos de su carrera sacerdotal, hacia el intento de una reforma que pudiese vigorizar los fundamentos cristianos en fuerza de acordarlos con las tendencias actuales de la civilización.

Hasta este instante Loyson ha hecho la primera mitad de la jornada; en sus años siguientes se olvida de la reforma: los propósitos de Juan Selva (1) apenas si ocasionan los efectos de una débil tizana; la reforma es una utopía pues, pero una utopía peligrosa. Es preciso edificar de nuevo. Nada se puede cimentar sobre los dogmas del catolicismo. Loyson se revela consigo mismo y no confía ya en su sueño evolucionista. Del catolicismo no espera nada; es imprescindible crear una religión que sólo tenga de los antiguos cultos el sentimiento de humanidad y de comprensión. Recordando el error el protestantismo escribe con clarividencia suma: «El error de los protestantes consistió en pensar que la Iglesia era susceptible de una reforma. No aplicaron la ley sobre las cosas infestadas por la lepra (Levítico, XVI, 34 y sig): *Si se ve que la plaga se ha extendido en la casa, es una lepra irreterada... se derribará la casa.*» Al encarar de esta manera el problema religioso lleva su crítica demoleadora, siguiendo un casi ley fisiológica, al seno del propio modernismo: no es ya necesario reformar el credo católico, sino que es preciso formular la religión nueva, ajena á todo pasado odioso y que sólo tenga del cristianismo el amor á Dios; es decir, el fundamento de toda religión, y nada más. Un cuerpo viejo y descompuesto no se renueva, ni por medio de injertos, ni por medio de inyecciones: se mantiene y luego muere; es como un árbol centenario, cuyas raíces estuvieran carcomidas y cuyo tronco descascarado se mantuviese cubierto en un supremo esfuerzo de virilidad.

De tal manera Loyson como apóstol figura en la avanzada del pensamiento contemporáneo y se adelanta en mucho á los modernistas con su criticismo lógico y demoleador. Su sistema de terapéutica espiritual es anárquico si se le considera en relación á las reformas iniciadas por la Iglesia y en consonancia con su concepción filosófica y militante del credo futuro. El conjunto de sus doctrinas sustentadas durante los quince últimos años de su

(1) «El santo», de Fogazzaro.

vida constituyen hoy más que una base de reforma una religión enteramente nueva, una religión liberal, opuesta al catolicismo aunque sí entroncada con el cristianismo en la comprensión de la finalidad del amor universal.

El Padre Jacinto vivió cultivando en su huerto humilde el dulce sueño de un amor sin límite, de un amor fecundo que acercara á los hombres como atraídos por un lazo de confianza eterna. A través de él iba derecho hacia la naturaleza, á beber en la fuente castalia de sus enseñanzas el ejemplo de la vida fecunda; á él se entregó con los brazos abiertos. Hermano de Lutero en su honradez moral, encontró en sus virtudes divinas el secreto de su sed idealista de hombre fuerte; su esposa Emilia, fué para su conciencia de pensador lo que esa buena Kátte en quien comprendió de cerca el reformador de Weimar el verdadero espíritu de Dios, del Dios inmortal que perpetúa la existencia y aproxima las almas. «Después de un celibato tranquilo y feliz—escribe el 7 de noviembre de 1911,—prolongado hasta más allá de los cuarenta años, comenzaba á sentir las reclamaciones de mi ser físico y moral contra la gran ley de la naturaleza y de Dios ¿Qué hubiese llegado á ser de mí si me hubiese obstinado en seguir por esta vía falsa? Emilia, desconocida por mí antes de 1866, y que hubiese podido no encontrar nunca entró de repente en mi vida como un milagro de Dios, y gracias á ella fuí salvado por una fema libre, y también más fuerte, y por la pura y profunda felicidad conyugal. Jamás comprenderé el mundo lo que le debo á esta mujer, y yo acaso no acabe de comprenderlo más que en el cielo.» Es el mismo arranque de gracias que se escapaba de los labios de Lutero cuando encontró á la que fué la mejor compañera de su vida. Como él Loyson vivió en ella la doble tranquilidad del pensador y del hombre. A tiempo supo comprender aquello de que el sentido de la divinidad comienza en lo humano, con la vida y con la creación de los seres. La religión dejaba de ser para sus fines una cárcel de espanto y de esterilidad: el Padre Jacinto veía en ella una madre fecunda, una madre generosa que en sus días últimos le dejaría el placer de exclamar en su lecho de muerte: «En esta gran enfermedad me encuentro rodeado por los cuidados y el cariño de mis queridos hijos y de todos».

El 9 de Febrero de 1912 murió el Padre Jacinto Loyson, con la serenidad de un estoico. En su testamento dejó su postrera acción de fe con el siguiente último grito de cordura. «Deseo morir como he vivido, después del 20 de setiembre de 1869, con la resistencia de mi conciencia y de todo mi ser moral respecto del gobierno de la Iglesia romana, que estimo ilegítima y desastrosa».

He aquí el hombre y el apóstol. *Domine, quid me vis facere?*

ARMANDO DONOSO.

LO QUE PIENSAN ELLAS



Para los curiosos escarbadores de psicología femenina, que viven escudriñando los dobleces del alma de las coquetas y de las apasionadas, ha sido fuente de valiosos datos un original torneo de opiniones, organizado últimamente en Francia.

«Femina», revista parisién, abrió no hace mucho, un concurso de mucha novedad, que fué entusiásticamente acogido por todas las mujeres deseosas de mostrar á la luz pública los defectos de los hombres.

Esta reputada é interesante revista presentó una lista de setenta defectos, convidando á todas sus lectoras á que señalaran los diez más visibles ó vulgares en el sexo fuerte.



Las respuestas de las rencorosas lectoras no se hicieron esperar, pues á los pocos días llovieron las más francas opiniones, empujadas talvez por viejos rencores, amorcillos fracasados ó

más que todo, por el premio que debían ganar las más acertadas, que no era despreciable: trece mil francos...

Llegaron día á día paquetes de cartas de todas las provincias, haciendo subir hasta siete mil el número de las contestaciones.

De los setenta defectos masculinos que presentó «Femina», los diez principales, según la opinión del bello sexo, resultaron los siguientes: los celos, el egoísmo, la infidelidad, la intemperancia, la inmoralidad (!), el despotismo, la cólera, la fatuidad, la pereza y la cobardía...

Nosotros estamos muy de acuerdo con que las mujeres nos llamen cobardes. Las pobrecitas están aburridas ya de nuestras timideces. Según su propia opinión, les sería agradable que fuésemos más audaces...



Es posible que muchas de ellas al emitir sus severas opiniones hayan sido sinceras, pero quién sabe cuántas al llenar el cupón delator, pensarían con melancolía y pena en muchos perezosos, infieles, egoístas, que que se cruzaron en su camino en días mejores, y que no pudieron olvidarlos nunca...

